que estaban abajo, trataran de llevarse á la gente, no tanto por el peligro que los de la comisión corriamos, sino porque amenazaba una hecatombe, pues que los soldados del hotel iban á hacer fuego sobre los que no se retiraran inmediatamente.

El pueblo comenzó á irse por diversas direcciones. El francés se calmó. Nosotros nos despedimos bajo la promesa de entregar á los culpables al día siguiente, que creíamos concluiría el proceso; aunque todo quedó en promesa, porque al día siguiente los franceses levantaron su campo.

V.

D. Benito Juárez.

Voy á consignar aquí un rasgo, ó más bien dicho, un hecho histórico muy significativo, concerniente á este personaje que ha sido tan aechado y discutido por todos los partidos políticos de nuestra patria, sin haberse logrado aún, poner en claro su verdadera condición y valía, por las diversas exigencias de la pasión y el pique y despique de tirios y troyanos.

Podría referir además, alguna otra anécdota de diverso caracter, realmente bochornosa y que lo pone en caricatura, que me fué trasmitida por quien intervino para salvar á la víctima; si bien, difícil sería decidir qué sea más ignominioso, si el rebajarse á hacer esos rufianescos obsequios, ó el aceptarlos no tanto por incontinencia, sino por ser deferente con los sostenedores á la vez, que explotadores de la sede gestatoria, ya que las bajezas se engendran y corresponden recíprocamente, perdiéndose la libertad de negarse á ejecutar cada vez otras peores.

Por lo demás, las tunantadas de los hombres públicos, pertenecen indudablemente á la historia, porque su vida privada explica y determina su conducta oficial y cívica, sin poderse separar una de otra tan netamente, como si se tratara de dos personalidades distintas.

Me concretaré á referir algo que no le es realmente deshonroso, y que no raras veces acontece, porque lo que se hace y se piensa al pisar los dinteles de la eternidad, es nuestra verdadera convicción, y no aquello que ejecutamos por proporcionarnos los regalos de la vida, por respetos humanos ó por el orgullo de aparecer firmes y consecuentes con nuestras pasadas flaquezas, aunque en conciencia las reconozcamos tales.

El año de 1888, cuando aquí se inauguró el ferrocarril que nos enlazó con el centro de la República, hubo gran entusiasmo por las excursiones en uno y otro sentido, viniendo á visitarnos á Guadalajara, personas que jamás habrían pensado emprender ese viaje en otras circunstancias, de modo que los hoteles y casas de huéspedes estaban llenos, y todos los vecinos nos veíamos obligados á dar hospitalidad á nuestras relaciones, ó á los que estas nos mandaban para que los atendieramos.

Por mi parte, y entre otros, tuve alojado en mi casa, por recomendación de un conterráneo, compañero de estudio y buen amigo, á un Sr. Berson, Dr. en Medicina que era catedrático de la Escuela Preparatoria de la Capital, judio alemán muy perito en su profesión é instruído en lenguas antiguas y modernas, y que, por esto, simpatizamos desde el primer contacto, pues siempre he sido afectísimo á ese ramo de estudios. Conocía el hebreo como se conoce el idioma natal, dando los sonidos diferenciales de letras y sílabas semejantes, como en el *Kamet katuf* y el *Kamet patach*, y explicaba perfectamente las siete formas del verbo, que no tienen correspondencia en los idiomas de nuestro occidente, &. Prendado

yo de aquel hallazgo y para aprovechar más lecciones, me esforzaba por acompañarlo, proporcionándole la entrada á todas partes y mostrándole como buen Cicerone, cuanto era digno de verse entre nosotros, tartamudeándole alemán, hasta donde me era dable, y pidiéndole las correspondencias hebreas, que él se complacía en trasmitirme, viendo mi afición á la lengua del Talmud, y refiriéndome á cada paso, según venía á cuento, anécdotas de su vida anterior, hablándome de l s lugares que había visitado en sus múltiples viajes, y haciéndome la biografía y retrato de los personajes notables que había tratado ó conocido.

El Sr. Berson había sido el médico de confianza á quien comunicaba especialmente D. Benito, sus dolencias y afecciones, recibiendo dócilmente sus recetas y consejos para dominarlas; y por lo mismo, estaba muy al tanto de lo que el gran repúblico padecía y de todas sus costumbres higiénicas y en relación con su salud, el cual, me dijo, que desde algun tiempo antes de su muerte, venía experimentando ciertos achaques que me nombró y describió técnicamente, pero que yo no repito aquí, tanto porque han escapado de mi memória sus detalles, cuanto por temor de equivocarme y errar en algún punto de importancia, como acontece de ordinario á los profanos en la ciencia de Hipócrates. Aseguraba que el Presidente había ido decayendo poco á poco y por el proceso común de su enfermedad, hasta llegar á situación alarmante y de verdadera gravedad, en que el mismo Berson le aconsejó pedir la opinión de otros facultativos; pero que ni el círculo de amigos y oficial que le rodeaba, ni él mismo había que-

rido hacer público su estado para evitar dificultades políticas y manejos que pudieran ocasionar trastorno en los planes é intereses de la reinante camarilla, y de la causa que encabezaba.

No fué pues, según Berson, una enfermedad repentina, subitánea é imprevista, la que llevó á D. Benito al sepulcro, aunque aquel opinaba que había sido festinada artificialmente y de propósito la que sufría, y orillada á una violenta crísis, por el miedo que se tenía, en vista de las disposiciones del enfermo, de que diese el *escándalo* de renegar de su obra y antecedentes, hasta devolver los bienes eclesiásticos que había adquirido, al impartirle los auxilios que con insistencia manifestaba estar dispuesto á recibir, y poniendo en berlina á todos los que se habían aprovechado de esa cucaña ó granjería, ya que el jefe principal desertaba cobardemente de sus filas. Su alcoba y departamento estaba guardado y vigilado constantemente día y noche por los Hermanos del mandil, que le cortaban toda comunicación con el mundo exterior á menos que no fueran de la camada, entre los cuales era conceptuado Berson, por su confesión de israelita, aunque no disfrutando de la plena y absoluta confianza del círculo, á pesar de reputarlo libre-pensador y amigo ó, á lo menos, neutro, por lo cual, era acompañado siempre en sus visitas, por algún otro más caracterizado de la cofradía.

Juarez era liberal, enemigo del clero y afecto á la desamortización, al desafuero y á la exclaustración; pero conservando cierto fondo de cristianismo y de los dogmas más fundamentales de la Religión, como lo hacían los liberales censtitucionalistas de su

tiempo, que para sostener la intervención del poder civil en la disciplina eclesiástica, al montar á la tribuna, comenzaban haciendo su profesión de ortodoxia, que pretendían ser compatible con las doctrinas liberales.

Juárez tenía en su casa un sacerdote que era el institutor de sus hijos, había favorecido el cobro de diezmos durante su gobierno en Oajaca y jamás se le oyó contradecir ó burlarse de los misterios del cristianismo, como á los intelectuales de la época presente, porque la impiedad progresa y se desarrolla naturalmente hasta la incredulidad absoluta, ya que tiene que ser consecuente con sus negaciones, de las cuales unas engendran á las otras. El liberalismo de ahora, no es el mismo que el liberalismo de antaño.

La narración pues, de Berson, de que Juárez al morir quiso reconciliarse con la Iglesia y recibir los Sacramentos, así como de que se lo negaron é impidieron los que tenían interés en ello, ocultando con todo empeño y secreto aquella disposición, no sólo es verosímil, sino muy natural y probable, porque es lo que pasa y ha pasado en muchos casos, sobre todo, en personas de cierta instrucción y antecedentes y que no se han depravado por completo en sus costumbres, aunque no todos consiguen bañarse en la piscina de Betsaida, ni mucho menos que el Amo les diga que, sin hacerlo, carguen su lecho y suban al Cielo. Esta versión es tanto más creíble y aceptable, cuanto que el Doctor me la hacía como mofándose indignado de la debilidad del épico campeón de la Reforma mejicana, que no había tenido constancia y energía para sostenerse decentemente en

el sítio á que se había encumbrado. Para él, Juárez, se había rodado de su pedestal, como el ídolo de Nabuco y perdido todo su mérito, al querer cantar la santa palinodia á última hora, como lo hacen, decía, los hombres vulgares, ignorantes, cobardes y llenos de preocupaciones.

¡Nadie puede penetrar los recónditos secretos de la Providencia! ¿Propondráse mostrar que no siempre se alcanza el perdón cuando se solicita á última hora, habiendo dado pérfido y contagioso ejemplo de rebelde contumancia?....¿Será para hacer ver dónde está el error y dónde la verdad, por la inconsistencia del uno, y lo avasallante de la otra....?

De cualquier modo, ¡Ojalá que el arrepentimiento del indio guelatense haya sido sincero, y que Dios lo haya acogido al fin, en su santo Reino!

VI.

D. Ramón Corona.

Conocí algo á fondo al Jefe del llamado «Ejército de Occidente,» porque lo traté con alguna intimidad, pues me nombró secretario al pasar por Tepic, en 1866, cuando se vino de Sinaloa para el interior, después de los franceses, para proseguir la campaña contra el Imperio.

Corona era hombre sencillo, sobrío y de buenas costumbres, con regular talento, pero sin más instrucción que la que la que se adquiría entonces en las escuelas de primeras letras. Si había mandado sacrificar al Padre Ojeda en Santiago, era porque habíasele arraigado honda prevención contra los sacerdotes, á quienes miraba únicamente como complíces de Lozada y de sus inmundas fechorías. La felonía del Ceboruco, de que milagrosamente escapó, y la del Dos de Junio, lo predispusieron á represalias sangrientas que no tenían, por cierto, fundada razón ni objeto, ejercidas contra personas inofensivas y muy ajenas á aquellos sucesos; pero era de caracter firme y sosegado, al mismo tiempo que de ánimo esforzado y decidido, lo cual vale más que otras dotes en muchas ocasiones, para inspirar respeto,

adquirir dominio sobre los demás y elevarse en tiempos de revolución y desorden político, como pasó entre nosotros en aquella época.

Si Lozada lo venció en algunos de los encuentros que con él tuvo, fué por la superioridad de los elementos de que dispusiera, pues tenía mayor número de hombres, y lo obedecían como autómatas, entrando y acometiendo ciegamente á donde él les ordenaba. No había que repartírseles prest ni municiones, porque todo lo llevaban consigo, corrían como gamos por barrancos y serranías haciendo jornadas dobles de las ordinarias del soldado, etc.; mientras que los de Corona, aunque eran gente del pueblo y campesinos, estaban menos avesados á aquel duro tratamiento. Lozada y sus capataces se dejaban en calzón blanco al entrar en los combates, para confundirse con los demás indios y correr menos peligro; al paso que Corona y sus oficiales vestían de manera que los exponía á ser cazados señaladamente por los enemigos Este, con escasos recursos, tenía que mantener á sus fuerzas constantemente sobre las armas, y aquel volvía á sus hogares á los que no empleaba en el momento.

Pero Corona y los suyos metieron en cintura á los franchutes en Sinaloa haciendoles morder el polvo en Veranos, Ciqueros, Palos Prietos, etc.

Desde Guadalajara, después de la Coronilla, caminábamos de ordinario juntos, con dos ó tres ayudantes á corta distancia, pero separados del resto de las tropas, para no ahogarnos en el polvo que levantaban, las cuales iban repartidas á vanguardia y retaguardia y por senderos laterales, á fin de precavernos de sorpresas y golpes inesperados, y entre-

tanto, conversábamos de todo, haciéndome él multitud de preguntas sobre política, Derecho Público y Militar, historia etc., de que él apenas tenía barruntos ó ignoraba del todo, aceptando humildemente mis respuestas como si fueran lecciones, y á su vez me confiaba sus ideas, sus afectos íntimos y hasta sus aventuras eróticas, pues era muy sentimental y en otras circunstancias habría sido poeta.

Tuve que abandonarlo en Morelia, porque no pude sobreponerme al maltrato de aquel trajín en que á veces pasábamos sin alimentos días enteros, pernoctando al aire libre ó bajo una choza de paja en el rigor del invierno, enrollados en un sarape, y por mi parte, ni aun así, porque en las horas en que los demás reposaban, era precisamente cuando se abría la correspondencia, se hacía el acuerdo y se contestaba, librando las órdenes á las tropas y á los gobernadores de los Estados que estaban bajo la dirección del Jefe de Occidente.

Una afección reumática de intenso dolor llegó á privarme casi del movimiento y tuve, aunque contra mi voluntad, que volverme á Guadalajara. No deploro aquel contratiempo, porque he comprendido en eso y en todo lo que me ha pasado en la vida, la acción de la Providencia que rige nuestros destinos á pesar de nosotros, y siempre para nuestro propio bien y en relación con el de los demás. Joaquín Escoto me remplazó, de modo que si mi enfermedad no hubiera sobrevenido, tal vez yo hubiera sido en su lugar el asesor del consejo de guerra que condenó á Maximiliano, que yo habría repugnado ó que lastimaría mi memoria todo el resto de mi existencia.

Sin embargo, Corona y yo seguimos manteniendo nuestras relaciones, y aún conservo algunas de sus cartas en que me participaba con llaneza y confianza las peripercias del sítio de Querétaro; pero después se fué enfriando nuestra amistad. por motivos que aquí no viene al caso referir, principalmente por nuestro distinto modo de ver las cosas de la Religión, si bien él no era un redomado increyente, tanto que en sus últimos años tuvo asomos de verdadera piedad, y si al morir no se reconcilió públicamente por medio de los Sacramentos, fué porqué le pasó lo mismo que á Juárez; un círculo de yerro se formó á su derredor que le impidió la comunicación con quien pndiera consolarlo y absolverlo.

El 20 de Julio de 72, un ayudante del General, después de buscarme en mi alojamiento sin haberme encontrado, se echó á inquirir mi paradero, por toda la ciudad en los lugares que yo solía frecuentar, para comunicarme el llamado urgentísimo de su Jefe. Por fin, logrólo á cosa de las diez de la mañana, y yo me dirijí luego á la calle, entonces, de «La Merced», donde estaba instalado.

—Qué pasa, mi General, le dije, tendiéndole la mano.

—Lo necesito urgentemente, cómpañero, (dábame ese título por agazajo y como muestra de afecto) me contestó, introduciéndome al fondo del gabinete, después de despedir á los que por allí se encontraban y dar dos vueltas á la llave de la puerta de entrada.

—Vea Ud. este telegrama.

Lo consideré algunos momentos sin hallarle nada de extraño ni sorprendente, á no ser porque D. Sebastián Lerdo directamente le participaba que, habiendo fallecido el Sr. Juárez, él se había hecho cargo del Ejecutivo Federal, en su calidad de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, y conforme á la Constitución.

—Está todo en regla, le dije; no podía ser de otra manera. ¿Qué tiene esto de singular?

—¿Qué tiene esto de singular? Que yo no puedo, no quiero reconocer á Lerdo como Presidente, y que es preciso contestar este telegrama, de modo que no me comprometa en ese sentido.

—Pero ¿qué pretexto habrá que poner para resistirse á obedecer á la ley constitucional y á reconocer al gobierno que ella impone?

—No hable Ud. de leyes ni de musarañas. Ud. sabe que en las pasadas elecciones yo he combatido con todas mis fuerzas la candidatura del jesuita, sostiniendo la de D. Benito que era de todo mi gusto. Aliviado estaría si en este remolino de la fortuna, yo me hiciera lerdista en un segundo, facilitándole el modo de anularme y destruirme, como indudablemente lo hará, si yo me pongo en sus manos.

—Pero ¿qué piensa Ud. hacer?

—Que Ud. me redacte una contestación, como Uds los abogados saben hacerlo maravillosamente, algo ambigua y sin declaración terminante de que lo reconozco ó desconozco, para ir dando tiempo, entretanto, á meditar y confabular lo que debemos hacer. Ya Ud. ideará lo que podrémos decir al Gobierno, á la Nación y á los compañeros de pelea para legitimar y justificar la actitud que tenemos. Cuento con el apoyo de cosa de 12000 hombres, aunque sólo tengo unos 4000 bajo mis inmediatas órde-

nes; y si nos ponemos de acuerdo con algunos otros jefes de segunda importancia, le ganamos la mano á Escobedo, que sin duda aspirará á la presidencia, porque no crea Ud. que reconoce á Lerdo, antes de saber mi decisión.

—Mi querido General, va Ud. á volver á la Nación al caos y al abismo de que acaba de salir y á que por su causa se derramen rios de sangre, siendo harto difícil que Ud. pueda legitimar su anómala posición y hostilidad al Gobierno legal y convencer al público de que la asume con razón y justicia y no por ambición personal. Se le puede venir todo el mundo encima, y concluir Ud. su carrera como un pronunciadillo vulgar de que hay tantos ejemplos en nuestra historia. Por el contrario, si reconoce Ud. á Lerdo, poniéndose á sus órdenes con presteza y galantería, antes que Escobedo y algún otro jefe superior, él se unirá estrechamente con Ud., apoyándose en su nombre y popularidad, y al poco tiempo será Ud. su sucesor; no puede ser de otra manera.....

—¡Oh no lo crea, Licenciado! Ud. no oonoce á ese jesuita; me halagará de pronto, y por debajo, cuando ya esté fuerte y cuente con los otros, me hará la guerra y destruirá. Esté Ud. seguro que si yo no aprovecho esta coyuntura, cualquier otro jefe secundario y de poco valer la explotará y derrumbará á Lerdo, ocupando el lugar que *nosotros* debiéramos tener. Lerdo no es querido del ejército, y el ejército entre nosotros es quien pone y dispone de la silla presidencial.

Seguimos algún tiempo el mismo tema con diversas variaciones, y habiéndolo hecho titubear en algún punto en que no pudo menos que concederme la razón, se fué quedando callado y pensativo, murmurando de vez en cuando palabras sueltas y entrecortadas, al pasear pausadamente por el aposento, que era su escritorio; y yo, aprovechando aquellos momentos de vacilación, tomé la pluma y escribí una respuesta de reconocimiento y felicitación á D. Sebastián, por su ascenso á la primera magistratura.

—Firme Ud., compañero: esto es lo que pide el honor y la conciencia, que Ud. jamás ha desoído.

—Pero, Licenciado, por Dios! piénselo Ud. bien.

—Estas cosas no se piensan, ni se miden por la conveniencia, Dios ha inspirado á Ud. para llamarme y consultarme, y yo siento que faltaría á mi deber, al papel que la Providencia me imparte en estos solemnes momentos, consintiendo en que Ud. obre de otra manera. Pronto y no vacile Ud., porque el mérito y la oportunidad se perderían.

Maquinalmente firmó Corona aquel recado, que tomándolo de la mesa, estrujaba convulsivamente entre los dedos, de donde se lo arrebaté rápidamente y corrí hacia la salida, torciendo la llave. El me alcanzó cogiéndome el faldón del chaquet, que por poco dejo entre sus manos, pero logré escapar, revolviéndome como para detenerme, con lo qué, engañado, me soltó; pero yo me precipité por la escalera de caracol que quedaba en seguida, y no paré hasta llegar al Telégrafo y urgir por la inmediata trasmisión de aquel mensaje.

No tengo más prueba documental de esta ocurrencia, que el original de ese telegrama, escrito de mi

puño, el cual debe obrar en el archivo de esa oficina.....

¡La suerte de la Nación estuvo en mis manos por un momento!

La Providencia se vale de instrumentos insignificantes é ignorados, para realizar sus fines. En efecto, yo erré, pues en vez de Corona, D. Porfirio Díaz derrocó á Lerdo y se ha momificado en una presidencia autocrática, yankipositivista. ¡Quién dijera que yo he tenido la culpa de ese diptongo! ¿Porqué, el uno y no el otro?.....

Solamente Dios puede contestar categóricamente esta interrogación; mientras que nosotros nos perdemos en diversas y encontradas conjeturas y explicaciones.....

Quizás la Señora Romero Rubio entró por algo en los designios del Omnipotente, como lo decía una vez el Señor Arzobispo Labastida, con motivo de cierto conflicto, que ella tomó parte en conjurar.

ERRATAS.

P.	L.	Dice	Debe decir
3	21	A ELLA	DOLORES
11	2	ceremonias	procesiones
13	22	Al recuerdo de Booth	Recordando á Macrino y
14	12	al ángel	la diosa
15	2	emponzoña	seduce
17	25	radiente	radiante
18	6	llama	llama;
22	13	fieles	fiéles
76	33	todo mundo	todo el mundo
86	9	cpacios	espacios
126	3	francia	fragancia
157	1	A ELLA	DOLORES
159	1	DOLORES	ENLACE
161	1		DESENLACE
164	15	Fe revelas	Te revelas
168		178	168
282	27	presentido	presentado
183	11	pne si nos	que si nos
186	25	N. debe ser	U. debe ser
193	29	sacarronería	socarronería
204	18	Señorica	Señorita
205	5	salve	salvé
210	33	Un di	Un día
217	15	daado	dado
218	25	lenguje	lenguaje
218	27	¿Ppr	¿Por

P.	L.	Dice	Debe decir
249	12	Si la pieza se pone con música cantan los cuatro á tiempo este cuar(teto)	(Si la pieza se pone con música, cantan los cuatro á un tiempo este cuarteto)
256	33	Zarctecas	Zacatecas
257	22	gabía	había
259	18	esc brosidades	escabrosidades
259	23	pe	de
260	3	sejeto	sujeto
260	22-23	bálsame	bálsamo
264	5	imagi ación	imaginación
265	2	autor	actor
263	3	Alicantino	alicantino
271	6	s enta	sienta
,,	22	al orrarme	atiborrarme
277	32	re ogerlo	recogerlo
283	4 y 5	luego, al rehusar.	luego, que al rehusar
285	10	Indepencia	Independencia
285	17	concurrentes D.	concurrentes. D.
291	9	ningqno	ninguno
303	30	tenemos.	tomemos.

INDICE

Prólogo I
Advertencia 3

VARIAS.

Un fin de año 7
Más Allá 12
Bolivar 16
Tepic 20
Salmo XXXII 22
Othelo 24
A Inés 28
La Mujer 30
Dísticos sueltos 42

SATIRAS Y EPIGRAMAS.

Ecce Mundus 47
El Te 60
Cuatro Sonetos 62
El Dinero 68
A Laura 71
En un baile 76

ERÓTICAS.

Una Serenata..... 85
Su Nombre..... 91
Te amo..... 93
En un album..... 95
Tus Ojos..... 96
No..... 08
Mi Destino..... 101
La Hada de la tarde..... 104

INTIMAS.

San Blas..... 107
Conticinio..... 109
Primavera..... 115
Mi Recepción..... 118
Muerte de mi madre..... 121
La Vida..... 125
Sisifo..... 131
Quejas..... 133
Recuerdos..... 135
Angustia..... 139
Confianza..... 143
Deprecación..... 145
Voto..... 147
¡¡Maveth!!..... 151

DOLORES.

Enlace..... 159
Desenlace..... 151

Su Retrato..... 163
Sobre su tumba..... 167

DRAMAS.

Una Carta de recomendación..... 171
Desconfianza..... 207

DE MIS MEMORIAS.

Un Placer..... 253
El Aguate..... 267
Lozada..... 275
La Intervención..... 285
D. Benito Juárez..... 293
D. Ramón Corona..... 299
Erratas..... 307